



Justo de la Cueva

La invasión de las máquinas ladronas

En estas notas sociológicas se trata de arrojar una mirada sobre las cosas que pasan, sobre la vida cotidiana de nuestra sociedad. Una mirada que fuera filtrada por las gafas de la especialidad sociológica competente, marxista por supuesto. Se trata pues de ejercer la típica manía de los sociólogos marxistas: desenmascarar. Es una tarea para descarados. Es una tarea revolucionaria, claro. Porque la sociedad capitalista que padecemos es, esencialmente, una sociedad disfrazada, enmascarada. Una sociedad opaca que miente sistemáticamente sobre sí misma. Que oculta su espantosa estructura, su brutalidad congénita, con los maquillajes y los antifaces (que cuestan cientos de miles de millones y constituyen una próspera industria) de la intoxicación ideológica. Rasgar esas máscaras es vital. Supone desalamburar las mentes, romper las sutiles alambreadas de mentiras forjadas que nos colocan en el coco los aparatos ideológicos de Estado.

¿Que por qué llamo «brumarias» a estas «Notas sociológicas»? Como homenaje y como diagnóstico. Homenaje a don Carlos Marx cuyo «18 brumario de Luis Bonaparte» es el modelo magistral de análisis sociológico de un proceso concreto de lucha de clases. Y como diagnóstico recordatorio de que en el Estado nazi-fascista español, tras su metamorfosis a la pseudodemocracia burguesa, vivimos todos los días en un golpe de Estado franquista permanente. Todos los días son en Euskadi el 18 Brumario. Todos los días el bloque de clases dominante lanza sobre los ijares del pueblo trabajador vasco sus perros mercenarios.

* * *

¿Te acuerdas? Primero nos invadieron los marcianos. Todos los bares de Euskadi (casi todos) se poblaron de máquinas tragaperras con marcianos y tuvimos que acostumbrarnos a que la charla con los compañeros mientras tomábamos un pote estuviese «amenizada» por el ruido de fondo de los disparos electrónicos y los falsos estampidos sónicos de los impactos. La única ventaja que esa plaga trajo fue la divertida observación de cómo perdían el culo los preocupados arrendadores de las máquinas recorriéndolas para desconectarlas y borrar los *gora ETA militarra* que empecinadamente escribían en la pantalla los que ganaban ese derecho al hacer récord de puntuación. Ahora ha llegado la segunda oleada invasora. Ahora nos han invadido las máquinas ladronas. Los bares y tabernas de Euskadi (no todos porque aun hay reductos de gente sensata) se han poblado de esas putas máquinas que hacen

gorgoritos y silban melodías cuando están desocupadas, «haciendo la carrera» sonora para pescar clientes, para pescar idiotas.

Son máquinas ladronas programadas para robar. Con un robo perfecto porque los robados lo son con su libre (?) consentimiento. Con su aceptación previa tácita de las reglas del juego. El truco es infernalmente sencillo. Cuando un número suficiente de tontos-as ha metido en sus tripas doce o trece mil pesetas suelta 2.500, es un suponer. Siete de cada diez veces esas 2.500 vuelven a entrar enseguida en sus tripas porque el tonto-a al que le ha tocado recibirlas las emplea en seguir jugando sin tener en cuenta que la máquina tiene que «hacer caja» antes de escupir otro «premio gordo». Por supuesto, el programa incluye un plan de ir soltando «pedrea» y «premios medios» en secuencia calculada según va aumentando la suma de monedas acumuladas en las tripas. Esos «premios menores» actúan de carnada para que los incautos peces traguen el anzuelo y se queden enganchados en el juego. Noventa y nueve de cada cien veces los «premios menores» vuelven a las tripas de la máquina porque los tontos-as que juegan no se conforman con fruslerías. Ellos van a por el gordo. Dije antes «es un suponer» porque los porcentajes de premios varían de tiempo en tiempo en la misma máquina y de máquina a máquina. Lo importante no es el porcentaje de premio sino el principio de funcionamiento. Sucede lector-a que estas putas máquinas pueden sernos muy útiles en Euskadi. Se trata, una vez más, de las contradicciones internas del sistema capitalista.

Porque cada máquina de esas funciona igualico igualico que la empresa en la que tú trabajas, lector-a, o que la empresa en la que trabajabas antes de quedarte en el paro. La máquina paga premios con una parte del dinero que ha robado al conjunto de esos tontos que en ella juegan, incluidos los tontos a los que toca premio. La empresa capitalista te paga tu salario con una parte del dinero que te ha robado a ti y al resto del conjunto de los que trabajáis en ella. Porque lo único que produce valor, lo único que añade valor a las materias primas y a las máquinas es tu trabajo, el trabajo humano. Y tu empresa, todas las empresas, te roba (nos roban) el total del valor que hemos creado con nuestro trabajo. Y te pagan, nos pagan, el salario con una parte del valor que hemos producido, que hemos creado. Igualico, igualico que la máquina tragaperras. Piénsalo. Y comentalo con tus compañeros cada vez que les veas jugarse los cuartos en una máquina tragaperras. Y cada vez que quentes esa otra máquina ladrona de tu sudor que es la empresa.